

Volar sobre el mundo inmersos en algo extremadamente irreal de puro real. Anulación del tiempo y del espacio al saber que pasamos sobre Varsovia y, unos instantes después, lo hacemos sobre Moscú. En realidad, cuando estoy escribiendo estas páginas nos encontramos encima de Omsk y, muy pronto, allá al fondo de una sutil infinidad de manchas luminosas, podremos imaginarnos los Himalayas, y de madrugada nos espera Pekín.

*

Releo *El secreto de la flor de oro*, la interpretación que Jung –maravillosa y lucidísima, como todas las suyas– le dio a este texto chino que le proporcionó el sinólogo Richard Wilhelm. Sólo en un texto así podría concentrarme al saber que estoy volando entre Europa y Asia. A raíz de este viaje a China he pensado mucho en lo que le debo a la poesía y al pensamiento de este país y, en concreto, a un notable grupo de traductores y especialistas. Cierro los ojos, hago el ejercicio de rescatar de mi memoria los títulos más influyentes y creo que son los que siguen: las versiones del *Tao Te King (Dao de jing)*, de Lao Tse (Laozi), hechas por Richard Wilhelm, Carmelo Elorduy y José Ignacio Preciado; las del *I Ching (Zhouyi)*, *Libro de los Cambios o*

de las Mutaciones, de estos tres mismos traductores. De las dos últimas, una es más espiritual y la otra más científica (hasta en las versiones del Tao nos encontramos con la inevitable dualidad). También Preciado tradujo el *Tratado de la perfecta vacuidad*, de Lie Zi. Y las versiones del *Libro del maestro Chuang-Tzu*, otra vez de Elorduy y de Preciado.

Los *Cuatro Libros* de Confucio, en la versión de Farrán y Mayoral (1956), y las versiones de este mismo autor chino, de Mencio y de los trataditos anónimos *La gran enseñanza* y *El justo medio*, debidas a Joaquín Pérez Arroyo (1981); la antología de poemas chinos preparada por Marcela de Juan y el *Romancero chino* o Libro Clásico de la Poesía (*Shijing*), por Elorduy. También de éste es la traducción de la *Política del amor universal*, de Mo Ti. Un temprano tratado de estética china y de teoría esencial de la literatura es *El corazón de la literatura y el cincelado de dragones*, de Liu Xie, monje budista de los siglos V-VI, obra muy bella, rara y sutil en su género, que ha traducido Alicia Relinque.

Recordaría algunos ensayos decisivos, centrales, que –de haber nacido en otros países– hubieran dado gran gloria a su autor, pero que aquí, entre nosotros, siguen sepultados en el olvido y esperando su reedición. Me refiero a *La gnosis taoísta del Tao Te King* (1961), *Chuang-Tzu, literato, filósofo y místico taoísta* (1967) y *El humanismo político oriental*, las tres obras de Carmelo Elorduy. Estos libros no han tenido desgraciadamente el eco que, por ejemplo, tuvo en Francia *El taoísmo y las religiones chinas*, de Henri Maspero, ahora editado entre nosotros en versión de Pilar González España y Rosa María López. Lo mismo podríamos decir de *Confucio, educador* (1965), de J. T. Kung. Y aquí me detengo, pues deseo extraer tan sólo de mi memoria textos esenciales, originarios, en versiones directas, y no la infinidad de textos que a veces nos ofrecen en versiones indirectas o alteradas, o a ensayos epidérmicos.

*

Tener presente, en todo momento, esta universalidad que proporciona el pensamiento completo y el estar sobrevolando unos espacios que no tienen fronteras. Se trata de dialogar fértilmente con lo que, en principio, nos parece ajeno, pero que no son sino las *raíces* de lo propio. Darles a estos textos la dimensión que Jung les concedió en sus análisis: saber que estamos hablando de las raíces de nuestra sensibilidad y de nuestro pensamiento, de las raíces de nuestro ser (*humano* sin más). A la vez, ser conscientes de que hay algo distinto en estos textos, de que vamos hacia una cultura distinta y que, en las diferencias, contrastaremos mejor nuestra sed de conocimiento. El Tao, sí, como expresión de maravillosa unidad, pero que, a su vez, contiene la dualidad (el *yin* y el *yang*) y, por extensión lo que Lao Tse reconoció como «los diez mil seres».

*

Sucesión, desde el avión, de inmensas montañas nevadas. ¿Son de los Urales o ya de Siberia? No veo escrita en ellas la Historia. Sólo veo abierto el libro de la naturaleza y en él hay que leer. En él hay que intuir el *qi*, la energía que no cesa de dar vida y de quitar vida. Sólo algunos seres que han buscado y que han encontrado la sabiduría parecen haber detenido —¿sólo durante algunos de los instantes o días de una vida?— ese terrible ciclo del florecimiento y de la corrupción. Parece que esos seres, «por tener más alma que las cosas», pueden ir más allá. Gozar de la sabiduría del instante y sentir la plenitud del todo, que es la nada, en las cosas sencillas: en una brisa de pinar, en las aves que pasan contra la nieve o en un vaso de buen vino. Como nuestro Berceo, o como Ch'ien, un poeta de la tierra hacia la que voy, te deseo, lector, que en mis palabras

acceptes el buen vino que te ofrezco.

*

Antes veía manchas de luz y tierra, pero ahora sólo veo oscuridad. La pequeña pantalla del avión me indica que estamos en plena Siberia, volando concretamente sobre Novosibirsk. Abajo, todo es noche y, sin embargo, en la oscuridad, aquí y allá, brillan las luminarias de aldeas y ciudades. Podrían ser las aldeas y ciudades de cualquier país, de cualquier continente. Todo es noche y, en ella, como sembrada, la luz de los humanos. Y saber que esas luces apiñadas en la negrura, que intuyo heladora, son una y múltiples, como esa verdad del espíritu que Jung nos explica en sus comentarios al texto chino.

*

Viendo llegar de Oriente, desde el horizonte ya de China, la madrugada como una dulce marea azul y rosada, escucho el *Laudate pueri Dominum* de Vivaldi. Es una de esas vivencias que podrían ser artificiales, de no haberme llegado inesperadamente por los auriculares del avión. ¿Por qué esta melodía y en este momento preciso de la madrugada insomne? Lo que es simbólicamente inesperado nos ilumina. El júbilo que siento es delicado e intenso, y lo corona ese «amén», en verdad glorioso, de la melodía. Sobre un mundo sin fronteras y estando cerca del mensaje de la música, sólo me queda repetir en nuestro interior, con el final de la melodía sublime: «Así sea, así sea, así sea...».

*

Pleno día ya: la tierra, allá abajo, de un marrón grisáceo, muy desnuda y arrugada, parecida a la piel reseca de un elefante viejo, de lomo inmenso. ¿La inmensidad de un desierto? En él, como arañazos o heridas de un marrón igualmente grisáceo, restos de edificaciones sin techo, ruinas seculares medio cubiertas por el arenal, carreteras que engulle repentinamente el desierto, montes secos y suaves entre la estepa del inmenso arenal...

Impresión inesperada y muy viva, repentina, que conduce de golpe a mi pensamiento a una *nada* atroz. Un panorama nunca visto: el desierto de Gobi llamando casi a las puertas de Pekín. Luego, los primeros signos de civilización, algunos verdaderos y, como una enorme cicatriz, la Gran Muralla siguiendo imperturbable el perfil de las cimas ásperas hasta detenerse o cortarse de golpe, en la más alta de ellas, ya en los límites del desierto.

*

El desierto de Gobi con sus más de un millón de kilómetros cuadrados de extensión. El desierto que no cesa de avanzar, que llama con sus calores y fríos, con sus tormentas de arena y sus vientos heladores, a las puertas de Pekín. No cesa de avanzar el desierto, aquí y allá, a lo largo y ancho del mundo; reclama su protagonismo, extiende su mano árida y apocalíptica. Bajo su áspero y amenazador rigor contiene tesoros (petróleo, minerales), pero quizá los guarde para siempre, celosamente. Avanza el desierto en busca del océano, para fundirse con él. ¿Será quizá un día desierto el propio océano?

*

La Gran Muralla, mínima desde la altura, pero inmensa abajo, reptando entre el Mar Amarillo y el desierto de Gobi: «Inmensidad inimaginable», que dijo alguien. Más de siete siglos se tardó en construir esa muralla. ¿A qué se debió, en el fondo, tal proyecto? Creo que el poner freno a los pueblos nómadas del oeste y del norte –a tribus como las de los hunos– no es motivo suficiente para explicar las razones de fondo de esta desmesura. En realidad, se trata de una honda *proyección* (psíquica) de la desmesura de un pueblo. Obsesión de cerrarse a los peligros externos, o de simplemente cerrarse.

Defendida China por el este y por el sur por el océano Pacífico, por el suroeste y por el oeste por el Tíbet y la cordillera

de los Himalayas, el país sólo quedaba abierto al norte, a la extensión del desierto de Gobi. A ese espacio es al que había que oponer la Gran Muralla para que todo el país quedase cerrado al mundo. Terrible es el pensar en sus dimensiones –fruto de tanta piedra, de tanto ladrillo, de tanta sangre–, en el *temor* que generó esta muralla.

Lo mismo se podría decir de esa otra obra ingente que fue el Gran Canal, que cruza el país de norte a sur, finalizado ya en el siglo VII d. de C. y fruto del esfuerzo de un millón de trabajadores forzados. Este último dato siempre tendrá más fuerza en nuestra memoria que el barco del emperador Sui arrastrado a lo largo de dicho canal, como dicen las crónicas, por grupos de ochenta doncellas de la corte y ataviado cada grupo con un color diferente.

*

Ya en el aeropuerto de Pekín observamos esa seguridad que uno desea encontrar en los pequeños detalles para no sufrir lo más mínimo la brusquedad o los riesgos del cambio, o los prejuicios; esa seguridad que encuentro en los rostros sin mácula de los policías muy jóvenes, minuciosos en sus trámites, pero apacibles. La sensación de seguridad en la mañana insomne es doble cuando veo los rostros de la que será mi guía en Pekín y de una persona de nuestra embajada.

Los celos y tópicos ante lo nuevo se van deshaciendo de golpe cuando el coche discurre por amplias avenidas arboladas y entre inesperados rascacielos. Necesidad de concentrarse en lo que no es nuevo: en ese mismo arbolado abundante, en las multitudes que se mueven ajetreadas, en algún signo aquí y allá con carácter, que no sea reflejo de ese desarrollo enorme y occidentalizado que nos asalta por doquier.

Ese sabor y ese carácter que hallamos, por ejemplo, en el campus de la Universidad Central de Pekín (Chatai o Beida), la más antigua del país, pero que no tiene más allá de ciento cincuenta años. Aunque el sistema de vida en ella no lo sea, to-

da la atmósfera de la universidad es prerrevolucionaria. Me refiero a que aún se conservan muchos de los primitivos pabellones que hoy albergan el rectorado y algunas facultades. El campus tiene unos bellos jardines, espacios y praderas, un lago, un kiosco y hasta una impresionante pagoda que se refleja en las aguas. Innumerables bicicletas de los alumnos a las puertas de los edificios, atmósfera fresca y distendida, más allá del control policial que hay en la entrada. Uno de los policías, con un fajo de billetes en la mano, creo que cobra un pequeño impuesto a los que entran en el recinto sin el correspondiente permiso.

*

Dentro del torbellino de tráfico y hormigón de los nuevos tiempos, el apacible campus de la Universidad de Chatai, con sus pabellones de rojas columnas y agudos aleros, los restos salvados de otro torbellino: el de la historia de las ideas. Pero más allá de estas reliquias arquitectónicas me sorprende el mensaje de la naturaleza en las verdes praderas, en los árboles y, sobre todo, en el lago. En sus orillas hay estudiantes ensimismados que leen o contemplan las aguas. Es una imagen inusual en Occidente: la de esos jóvenes que, de manera relajada, buscan la cercanía y la contemplación del lago. Me acompañan X. y G., y esta actitud de los estudiantes nos lleva también a nosotros a sentarnos junto al lago y a contemplar, y a callar.

Aun así, me recuerdan que en tiempos de la Revolución Cultural (1966-1976) este lago estuvo a punto de ser convertido en una plantación de arroz. Una profesora de la universidad se opuso a ello y salió victoriosa, con los riesgos que implicaba mantener una actitud contraria a lo establecido en aquellos días. Este afán de convertir el lago en una plantación de arroz respondía quizá al dicerio de Mao de llegar a «cultivar todo el mundo». Él lo dejó expresado nítidamente en esta frase: «Si siguiéramos el camino recto convertiríamos el mundo en un campo de cultivo». Lo malo es que el mundo se ha acabado

convirtiendo, por intenciones parecidas, en una gigantesca fábrica que contamina gravemente.

*

X. nos lleva hacia una zona boscosa y, desde allí, por una pequeña ladera, ascendemos a una colina en la que se levanta un pequeño templete o kiosco. Dentro de él, en su centro, descansa una enorme campana de bronce. Pero lo que más me sorprende es que en la superficie de ésta veo grabados los ocho *kuas* o trigramas más importantes del *I Ching*. De golpe, en pleno siglo XXI (y más allá de todas las turbulencias posibles de la Historia), hallamos el mensaje de los orígenes, la lección muda del pasado.

Después de cenar, doy un nuevo paseo a solas. Me gusta extraviarme por las calles y caminos húmedos sin saber muy bien a dónde voy. Sensación infinita de sentirme extraviado de noche en el jardín de un continente que no es el mío. A veces, como sombras que cruzan y flotan en las sombras, pasan algunos estudiantes a pie o en bicicleta. Sombras en la sombra húmeda y dulce de la noche, que me sumergen en una atmósfera sin tiempo, de extremada irrealidad.

*

Ya en una inscripción grabada en el interior de una campana entre los siglos X y XV a. de C., se lee que fue hecha por su dueño «para el placer de sí mismo y para la buena armonía de los demás». Hijos y nietos gozarán al oírla, durante «diez mil generaciones», «con la concordia y con el mutuo amor». Armonía, concordia, amor: palabras clave que ya los seres humanos reclamaban significativamente, a través del símbolo de una campana, desde ese origen de la cultura universal que es la cultura china.